



4. Espacio urbano, poder de las plazas y municipalismo

Municipalismo democrático: ¿Cómo se organiza una ciudad?

Guillermo Zapata

*Yo me creía muerto
pero sé que estoy vivo
y que concibo otro lugar*
(Nacho Vegas:
“Ciudad vampira”)

1.

Para quienes tuvimos nuestra formación política inicial en la segunda mitad de los años noventa, con el ciclo que va de la insurrección zapatista de 1994 al movimiento global desde Seattle en el 99 hasta Génova en 2001, y posteriormente con las movilizaciones contra la guerra en 2003, el desafío político siempre fue el mismo: construir organizaciones metropolitanas. Ser capaces de construir movimientos a la escala de la ciudad misma porque las personas precarias ya no teníamos fábrica en la que luchar. La ciudad misma era nuestra fábrica y solo desde la ciudad misma podíamos recuperar nuestros derechos.

Pero si te sentabas una tarde de 2003 en las laderas del parque de Aluche a echar un cigarro o tomar una cerveza después de la asamblea de tu colectivo de barrio e imaginabas la forma concreta de dicha organización aquello se volvía muy complicado.

Para empezar, el propio territorio que habitábamos nos era desconocido. Nuestros vecinos y vecinas vivían vidas que nos eran ajenas y que tocábamos siempre desde un lugar que no era el de la política organizada, sino el de la vida misma y en aquellas épocas pre 15M no sabíamos aún que vida y política se entrelazaban y que cuando aparecían de forma separada no estábamos haciendo lo que se suponía que queríamos hacer. Era como si hubiéramos perdido el mapa.

2.

La nueva ola de municipalismo democrático es la mejor y más compleja actualización de dicho viejo anhelo. Evidentemente, aquello y esto no tiene mucho que ver, aunque solo sea porque median 15 años, una crisis económica, otra crisis de régimen político, la aparición de un movimiento de transformación social amplísimo y miles de dispositivos de todo tipo que incluyen artefactos tan sofisticados como la PAH, 15MpaRato o Podemos. Pero sí podemos identificar un problema común de entonces y ahora: se trata de ser capaces de asumir la escala política del desafío, la escala ciudad. ¿Cómo se construye una organización a escala metropolitana en una ciudad como Madrid?

Ganemos Madrid ha puesto ese desafío en el centro de su apuesta política. No se trata entonces de construir una candidatura electoral, sino un movimiento municipal o un espacio de unidad popular.

Sin embargo, la dimensión electoral determina la apuesta en varios aspectos que hay que tener en cuenta. Por un lado condiciona la relación con el tiempo ya que hablamos de una necesidad de organización atravesada por la urgencia de un ciclo electoral muy veloz con una sucesión de citas muy rápidas para definir un nuevo marco institucional. En segundo lugar porque esa posibilidad de intervención en el campo institucional es lo que dota de potencia a la propia iniciativa. Dicho de otra forma, la posibilidad de construir un movimiento municipal está atravesada por ese desafío electoral concreto. Lo que pasa es que no se agota en dicho desafío, pero sí es bueno tener en cuenta que no existen dos cosas diferenciadas (movimiento municipal y candidatura electoral) sino una simbiosis entre esos dos desafíos que ayuda a visibilizar y consolidar la propuesta.

3.

Cuando hablamos de la organización democrática de una ciudad tenemos que plantearnos entonces un programa claro de democratización institucional, de recuperación de la soberanía a escala metropolitana. Eso pasa por alcanzar mayores niveles de participación ciudadana en la toma de decisiones, lo cual abre un triple desafío.

Por un lado se trata de pensar cómo se compone ese sujeto ciudadano que ejecuta la participación y retoma las instituciones y qué posibilidades materiales de participación tiene. Tenemos que huir aquí de la tendencia habitual del activismo político a la centralidad (la política sucede en el lugar en el que yo estoy) y a la intensidad (la política es más política cuanto más se sostiene en el tiempo) En las asambleas de Ganemos Madrid vemos ya en las propias personas más involucradas en el proceso una tensión entre necesidad y posibilidad. Necesitamos estructuras de participación que se acomoden a la realidad intermitente de nuestras vidas. No hay una continuidad en la posibilidad de ejercer la democracia porque no hay condiciones de vida que nos permitan

liberar tiempo para participar. Las estructuras de democratización deben por tanto ajustarse a la vida real y no al revés (ajustar la vida a las estructuras).

En segundo lugar tenemos que pensar cuál es la dimensión espacial de la participación. Es decir, ¿dónde se participa? Históricamente el espacio de la participación es el territorio físico y es ahí dónde se ha sostenido el desafío de la participación construyendo principalmente el movimiento vecinal. El vecino o la vecina son los sujetos de la participación. A día de hoy esta concepción es demasiado limitada porque los barrios que generaban ese sujeto vecinal ya no son como eran y no existe ese “sentirse del barrio” de la misma forma, porque hay elementos que superan la dimensión estrictamente barrial o distrital e incluso la suma de sus partes (la financiarización de la economía en la ciudad supera cualquier dimensión tradicional de territorio) y porque han aparecido nuevos lugares de socialización y construcción de comunidad que permiten la participación, como es el territorio digital de las redes. No se trata por tanto de elegir un lugar sobre otro, porque a la vez todos los lugares tradicionales de la participación siguen estando (aunque transformados) y el espacio físico —como demostró el 15M— es un territorio fundamental para expresar una nueva política. Tenemos que pensar ahí a partir de una estructura de distintas capas que interaccionan, se cruzan, etcétera.

En tercer lugar hay que medir la responsabilidad que se le otorga a la ciudadanía, la responsabilidad que se le otorga al movimiento organizado (la dimensión más activista) y la dimensión que se le otorga a las dimensión institucional. De nuevo poner el acento en uno de los campos no resuelve el desafío. Si todo pasa por la organización no hay participación democrática y la dimensión institucional es poco operativa. Si todo pasa por la dimensión institucional no hay articulación social ni participación. Si todo pasa por la ciudadanía no hay construcción de infraestructuras de participación ni se resuelven problemas complejos que requieren de saberes institucionales. Se trata de reconocer por tanto las diferentes dimensiones, reconocer sus intereses (a veces incluso contrapuestos) y ensamblarlos en espacios que sean a la vez comunes e independientes.

4.

Hablar de municipalismo hoy no es hablar de la necesidad de que un conjunto de experiencias más o menos dispersas que han densificado en el territorio tengan la necesidad de una expresión institucional que represente su parcialidad o su forma de entender la acción política. Hacer eso, digamos ser la expresión institucional de un área determinada (o de una determinada ideología o de una determinada identidad política) podría tener sentido en un contexto pre 15M. Lo que afrontamos hoy es una dimensión constituyente con una sociedad que demanda nuevos derechos a instituciones. No quiere decir que esas experiencias de organización, esa capacidad de lectura de la realidad o la

“La posibilidad de construir un movimiento municipal está atravesada por ese desafío electoral concreto”

experiencia de distintas fuerzas sociales y políticas gestionando políticas públicas o infraestructuras no tengan sentido, tienen todo el sentido, pero lo tienen en la medida en que se colocan al servicio de ese proceso social del que, en todo caso, son una especie de retaguardia paradójica. Una retaguardia que avanza una herramienta porque intuye que en ese camino hay más posibilidad de expresión y despliegue de esa potencia ciudadana.

Hablar de un municipalismo constituyente implica también pensar en un municipalismo que no se puede aislar de su contexto. El municipalismo tradicional parte de una perspectiva que sigue siendo cierta, que es que el municipio es la institución más cercana a la ciudadanía y por tanto el lugar a partir del cual es más sencillo y posible ejercer mayores niveles de control democrático, pero dicho municipalismo no puede afrontar ya los desafíos de un mundo en el que el propio municipio está atravesado por dinámicas globales que lo exceden. Se trata entonces de construir una red de municipios, algún modelo de conexión territorial que permita abordar de forma común problemas comunes y que pueda avanzar por la vía de recuperar competencias y dotación presupuestaria para el desarrollo de los diferentes proyectos políticos.

5.

Uno de los elementos fundamentales de dicho proyecto municipal es asentar en el presente la idea de un mundo que funciona de forma diferente y que, sin embargo, se puede vivir en él. En estos momentos asistimos a un contexto muy determinado en la crisis del régimen político del 78 que ya no nos dice que vivimos en el mejor de los mundos posibles a pesar de sus problemas, sino que el mundo que tenemos, aún en su horror, es mejor a cualquier otra cosa que pudiera sustituirlo. Es una estrategia de producción de pánico que, por más que muestra enormes debilidades para que la sociedad la sienta como legítima, prefigura el problema principal que vamos a abordar a la salida del ciclo electoral, ¿cómo vamos a vivir en ese mundo nuevo?

La tendencia contraria a la producción de pánico es la producción artificial de ilusión, cambiar la distopía negativa por una de orden positivo. El municipalismo permite precisamente un ejercicio de disutopía, es decir, de hacer tangible y vivible de forma muy concreta cambios en las formas de gobierno y administración pública. Pero dicha lógica requiere de un ejercicio enorme de imaginación institucional. No se trata tan solo (por más que sea un asunto importante) de generar un programa político de cambio y democratización, sino de ser capaces de imaginar las formas concretas y tangibles en las que dicha nueva organización se vive y se nota en el cotidiano de las personas que habitan la ciudad.

Ese ejercicio de imaginación se produce quizás en los márgenes iniciales de la discusión política de las distintas áreas que componen el movimiento municipalista, pero es fundamental, porque no hay cambio real si no podemos tocarlo.

Dicho cambio no tiene por qué sostenerse de forma exclusiva en la institución. Las redes que la propia ciudad ya está constituyendo son un buen ejemplo de que se puede producir mucha realidad, mucho “mundo nuevo” en medio de las ruinas y con un gobierno como el del Partido Popular delante, lo que si puede hacer una candidatura municipal es servir de sostén de dichas iniciativas de todo tipo, asegurar su perdurabilidad, su autonomía y su crecimiento.

6.

Otro de los elementos clave de esta forma de nuevo gobierno democrático son los procesos de confluencia. Hablamos de confluencia en tres sentidos distintos y complementarios. Por un lado una confluencia a escala ciudadana, los procesos de unidad popular. En segundo lugar los mecanismos de cooperación con los espacios organizados de lo social que no participan de las iniciativas municipalistas de forma directa, pero que construyen ciudad y democracia y desarrollan sus propias estrategias y herramientas. En tercer lugar la confluencia entre los diferentes actores políticos que pueden conformar una candidatura.

Los tres procesos encierran una enorme complejidad y tienen temporalidades y mecanismos de funcionamiento distintos, pero responden a una misma realidad. El reconocimiento de que estamos ante un momento de grave emergencia social en la que la intervención institucional se vuelve necesaria acumulando en ella la mayor cantidad de inteligencia y potencia posible. Dicho reconocimiento parte de ser conscientes también de la posibilidad de victoria electoral, que retomando las palabras de un compañero de Ganemos Moratalaz “no es la toma del poder, sino la toma del poder disponible”, es decir, el acceso al espacio de poder que permite ampliar el margen de maniobra sin pensar por ello que el poder está hoy en la institución, sino más bien disperso en otros lugares, especialmente en el campo financiero y económico, aunque no exclusivamente, también en lo mediático y otros espacios.

Estamos aquí porque reconocemos un límite y una potencia. El límite es el bloqueo institucional impuesto por el bipartidismo y la estructura política del régimen del 78. La potencia es el deseo de democracia que la sociedad misma no solo ha demandado sino que ha puesto en marcha.

La cuestión es cómo articular las distintas fuerzas sociales, ciudadanas y políticas en un proyecto común. El reconocimiento a la diferencia es fundamental en este sentido, no con la idea de construir consensos planos que nieguen el debate, sino porque como dicen desde Marea Atlántica, el infierno se conquista por asalto, pero el cielo lo construimos en común. No andamos sobrados de fuerzas e inteligencias como para dejar a nadie fuera de esto. Al contrario, tenemos que construir procesos municipales que sean capaces de

reconocer las diferencias y construirla en común partiendo de que su posición sobre el hecho democrático no es antagónica, sino que parte de trayectorias políticas distintas que son todas ellas necesarias como son necesarias la mayoría de las personas que viven en la ciudad para construirla democráticamente.

7.

Todos estos principios, todas estas palabras, todas estas percepciones comunes tienen que componerse a partir de un principio que quizás sea una de las cuestiones que el 15M puso encima de la mesa y que hemos evaluado con menos detenimiento: la pragmática.

El deseo político que nace del 15M no parte de ninguna ilusión de alteridad. No tiene ninguna gana de avanzar hacia otro mundo posible, sino que se plantea el problema concreto de hacerse cargo de este, del único mundo que tenemos. Esa pragmática política nos obliga a traducir cualquier imaginario de democracia municipal en propuestas concretas de organización y en líneas políticas de intervención.

La pragmática política del 15M nos sitúa entonces en un plano de extrema complejidad.

Hablamos de una ciudad que en su dimensión puramente material está atravesada por una deuda municipal enorme, una administración pública controlada desde hace más de 20 años por el mismo partido así como un capital inmobiliario que no ha dudado en recurrir a tramas de corrupción gravísimas para mantenerse en el poder.

Hablamos también de una ciudad con unas diferencias de composición social y cultural enormes, con una segregación espacial tremenda, en la que buena parte de los servicios públicos vinculados a las competencias municipales han sido parcial o totalmente privatizados.

Reconocer que es también la ciudad que acampó en Sol, la de la consulta del agua, la que ha detenido ya cientos de desahucios y dado viviendas a decenas de familias. La ciudad de la marea verde y la marea blanca, etcétera. No es suficiente. Las formas de organización social contra el bipartidismo no son las mismas que las de la organización social para desarrollar otro proyecto de ciudad. La cuestión que se juega ahora es precisamente cómo construir ese encaje, cómo hacer ese paso entre un tiempo y otro sabiendo que a la vez es necesario diseñar herramientas que tengan primero capacidad de victoria y segundo capacidad de organización social y de gobierno. Pero ese primero y segundo es tan solo una secuencia en el tiempo, porque la composición necesaria para resolver ese problema se construye a la vez.

8.

Es el principio del mes de enero de 2015, y en diciembre de este año viviremos en otro país y en otras ciudades y pueblos. Independientemente del resultado

contable del ciclo electoral sabemos que no habremos ganado aún, habremos empezado a ganar, habremos abierto algunas puertas, habremos modificado las condiciones de posibilidad que nos han traído hasta aquí.

Vamos a hacerlo sabiendo que es enormemente complejo y sabiendo también que no es suficiente. Estamos acostumbrados a lanzar proyectos que no son más que la antesala de otros proyectos aún más grandes y complejos. En realidad, en estos meses nos estamos ocupando de abrir las puertas de las instituciones con la suficiente capacidad para que acto seguido se pueda desencadenar una potencia ciudadana. Ese proceso, esa potencia, no será un acelerón casi seguro, quizás al principio sí, quizás tengamos una sensación de velocidad razonable, pero a la que tenemos que resistirnos.

Cuando pase la euforia tendremos trabajo que hacer y no será un trabajo fácil.

Si volvemos la vista atrás hoy tenemos algo muy importante: tenemos el mapa. Y el mapa es el tesoro. Pero sabemos que dicho mapa se quedará desactualizado pronto, precisamente porque nuestra presencia, la presencia de las iniciativas municipales en los distintos ayuntamientos va a generar un nuevo mapa, nuevas señales y una sociedad nueva a la que habrá que escuchar de nuevo.

El tiempo no transcurre de forma ordenada, no hay una secuencia natural de los acontecimientos sino que todo sucede a la vez, con acelerones imprevistos, giros inesperados y terrenos donde parece que no sucede nada. El nuevo municipalismo democrático tiene un carácter que lo diferencia de muchos otros proyectos políticos: su existencia no es efímera. Garantizar su permanencia pasa por alimentarlo, por darle peso, por mantenerlo con vida.

Y adelante con los faroles.

Guillermo Zapata forma parte del equipo de portavoces de Ganemos Madrid.